

que les tocaba hablar de libertad y el camión de la basura que no pasa en días de fiesta y nos deja el nicho taponado para que volvamos a soñar con los productos mágicos que no dejan ni rastro de imaginación para salvarnos de la cuota de hacernos el amor o de las sumas que no cuadran en el corazón o los impuestos por muerte o el pan de cada día que no es pan o las ganas que dan de levantarse y...”

Y apagar el fuego de los morados labios de los gays que van regalando flores por las calles en vez de nuevas muertes.

Sigue esperando, Sietemachos. No intentes saber siquiera qué nuevas rosas crecerán en las orejas de la noche, ni si tendremos fuerzas para alumbrar la nueva aurora. No te importe saber si la veremos. Lo que importa es saber que llegará.

Hay que colocarse, Sietemachos, la máscara-sonrisa para reconquistarnos.



Segunda esquina

—Entonces —le dijo el lobo al zorro en las mismísimas narices de Sietemachos (que se estaba abrochando la bragueta después de haber meado la cerveza que había cambiado al indio por un trozo de espejo)— sembraremos de sal los verdes campos que muestran la hierba recogida por el pueblo y da paso al camino donde el tiempo sacude con dos agujas el silencio. Pero no tenían sal porque el astuto zorro había vendido el mar a un mayorista totalmente británico por cuatro perras de pekín (o sea, pekinesas), que hubo de entregar más tarde al moro Muza en pago de una deuda de la mafia que había apostado por los verdes en la penúltima carrera de armamento. Pero el lobo no dejaba de discursar al indio con citas del libro de las siete pestes:

“Amontonar el hierro en los rincones donde ponen sus huevos las palomas y reposa el cemento ensangrentado con que arañar el cielo nuevamente. Que la tormenta se desate sobre los indios malos que no quieren callarse y quedarse en el chupete que el indio se ha ganado al comprar los tanques necesarios.

Mientras tanto, Sietemachos, seguía jugando al tute con el zorro y otros cuantos perros que estaban esperando luna llena para cantar las cuarenta al lobo

embajador, tan seguro de su elección divina como de su divino garrote.

Y el lobo se agitaba en su tribuna:

“Que las heridas sangren en los ojos de todos aquellos que se crean con alas. Que el águila de las montañas detenga su carrera y despoje al viento de la luz dorada que daban a la tarde los jilgueros”

Pero a los indios les entraba sueño y a Sietemachos le estaban dando ganas de volver a la Membrilla para Semana Santa porque allí los indios no la celebraban, ni le enseñaban el Africa para descubrirla, ni había montado en globo. Sobre todo había pensado en coger el tren de Manzanares cuando oyó al indio replicarle al lobo:

El lobo saber hablar...

En cuanto al zorro diré que no quiere más que coger lo que el indio trabajar.

Pero sospecho, cristiano, que has estado hablando en vano.

Y mira lo que te digo: deja en paz a los nativos porque ya sobran motivos para llegar a las manos.

Así hablaba el gran jefe Misil Loco, mientras desenterraba el MX para contrarrestar con dignidad las escaramuzas preparadas por los aliados del íntimo enemigo del lobo parlanchín, nacido diplomático en un leve descuido de su madre, motivo por el cual, el marido burlado de su progenitora lo había dejado abandonado en la mismísima puerta de la embajada americana donde seguía celebrándose el carnaval. Por todos estos motivos, pudo estudiar derecho aquel lobezno, más tarde conocido como el Diplomático del Antifaz (valga la redundancia), que tuvo que cumplir esta misión de conducción de los peces por el Missisipi, auténticos protagonistas de esta historia y que es razón suficiente para que el lobo dijese que sí retrocediendo, pero haciéndose cruces en los dedos que había escondido en su guerrera de piel de oveja. Y, aunque cambiaron de rumbo las palomas, nadie quiso escuchar la profecía. Pero —volvió a decir el lobo— los nichos que contienen vuestras plumas cederán ante el hierro incandescente que traspasa los huesos en el valle de los búfalos rotos: donde una sombra crece y amenaza hacer del vino obligatoria sangre; haciendo alusión al párrafo segundo del libro azul de la reconversión del sueño.

Y, mirando a Sietemachos, se puso solemnemente la máscara-sonrisa.

Tercera esquina

¿Recuerdas?

La noche tenía sueño.

Todos tuvimos sueño al pasar la muerte por la calle con Sietemachos en brazos. Sí, al pasar la calle que no pasa nadie...

Dejaron las risas de sonar ante las muecas forzadas de las máscaras.

Y fueron plegándose las manos que sostenían el vuelo lánguido de las palomas sobre la tarde rosa. Se ahogaron los gritos en las casas porque no saben nadar sobre la muerte que rompe los cristales de los oscuros nichos de las fieras, donde se oculta el hombre sus